

NOTA EDITORIAL

En algunos museos de la ciencia y laboratorios es posible contemplar “paredes de sombras”. El experimento consiste en proyectar durante un instante y en una habitación oscura una luz muy potente que ilumina al visitante por la espalda. Así se dibuja la sombra de su silueta sobre una pared blanca, que queda grabada firmemente en la retina de quien la mira. Lo interesante es que durante bastante tiempo, aun cuando se encienden las luces de la habitación, lo único que se acierta a ver sobre el fondo blanco es la silueta de esa sombra, que uno es incapaz de borrar aunque se mueva o gesticule; es como un retrato en negativo del gesto que teníamos cuando recibimos el fogonazo, que no logramos sacudirnos. Uno quiere cambiarlo pensando que es la sombra que “ahora” proyecta sobre la pared, pero no puede porque es la sombra de lo que hemos sido, que se ha fijado con tal fuerza en nuestra mirada que las nuevas impresiones de luz que llegan a la retina no consiguen disiparla. Esa sombra ya no sigue nuestros movimientos, no nos obedece, y cuantos se hallaban en la habitación la tienen grabada sin que uno pueda ya remediarlo.

Los movimientos del Gobierno durante los últimos meses parecen responder a la ansiedad de quien pretende en vano cambiar la imagen que ha fijado en la retina de los españoles y del resto del mundo desde 2004. El Gobierno parece enzarzado en un extenuante combate con su propia imagen pública, se esfuerza en arrastrarla hacia un lugar más centrado y en dibujarle una pose grave y serena, le pone un nombre nuevo (Gobierno de España) y le asigna nuevas funciones y misiones. Pero no hay manera de borrarla, ni hay posibilidad real de hacerlo, porque el Gobierno ha labrado

concienzudamente su imagen radical y excluyente durante la legislatura día a día, ha explicado su porqué y ha teorizado sobre su conveniencia; nos ha contado que la suya era la auténtica imagen de España, una imagen que el PP no había permitido que se hiciera pública, nos ha dicho que realmente los españoles respaldaban al Presidente en sus empresas políticas, y que el PP crispaba y voceaba porque no había asimilado su derrota de 2004. De ese modo, la verdadera España encontraba al fin justa encarnación en la “siniestralidad” verbal del Presidente que confunde una y otra vez “accidente” y “asesinato”, que se hace el olvidadizo cuando se le recuerda que ha afirmado que ETA y PAZ son aproximadamente lo mismo y que eso justificaba una transformación unilateral de la estructura territorial del poder, que confunde conceptos económicos de los que depende la vida de la gente y que invariablemente ha “apostado” en política exterior por todo aquello que menos conviene al interés nacional de España, es decir al interés de los españoles.

El problema es que justo cuando el Gobierno pretende cambiar su imagen es cuando sus políticas han comenzado a dar frutos tan llamativos que es imposible ocultarlos: si se cultiva a Chávez, Chávez crece; si se cultiva a ETA, ETA crece; si se cultiva el secesionismo, los secesionistas crecen; si se persevera en el error económico, la economía termina por ir mal; si se mantiene un sistema educativo desastroso, la educación es un desastre... No hay secretos en esto: Zapatero ha gobernado España y España ha ido pareciéndose progresivamente al propio Gobierno. Es lógico que el Gobierno intente convencernos de que sus fracasos son en realidad culpa de la oposición, pero también es lógico que nadie le crea, porque se sabe quién ha estado en el Gobierno y quién en la oposición advirtiéndolo de que todo esto iba a pasar si no se corregía el rumbo.

Hay pocas cosas menos creíbles que Zapatero exaltando el concepto de España como espacio de convivencia, de pluralismo y de respeto por los valores de la Transición, o que el Gobierno interpretando su mandato como la obligación de mejorar la vida de la gente, de dar cumplimiento al principio de unidad y de solidaridad fijado en la Constitución como precondición para el desarrollo del Título VIII, respetando la separación de poderes y garantizando la libertad política en todo el territorio nacional y

persiguiendo implacablemente a quienes atentan contra ella. Por el contrario, la extraña imagen de un Gobierno peleando con su sombra y perdiendo es lo que el PSOE va a presentar en las próximas elecciones. Porque no hay razón alguna para ese cambio forzado, no se ha expuesto el porqué de esa súbita transformación, y sólo cabe una interpretación verosímil a ojos de quien tiene muy presente la imagen que el Gobierno le ha fijado en la retina en estos cuatro años: eso se hace sólo porque llegan las elecciones, se trata de una contorsión forzada y transitoria que terminará el día después. Al Gobierno no le preocupa que su imagen pública revele lo que no es, sino que revele lo que es; no está en una campaña de imagen sino en una campaña de embozo.

La verdadera imagen del Gobierno, la que ahora pretende borrar de nuestros ojos a fuerza de pirotecnia preelectoral, es la que verdaderamente muestra su carácter, la que lo sitúa donde él mismo se ha situado cuando libremente ha podido escoger lo que quería significar en la Historia de España. Igual que la reacción ante el secuestro de Miguel Ángel Blanco reveló una concepción del poder y una idea del Estado que impregnó todas las acciones del Gobierno desde la economía hasta la educación o la política del agua, una idea de la política, un modo de concebir España, así también lo ha revelado el modo en que el Gobierno socialista reaccionó ante el chantaje de De Juana Chaos. Para hacer lo que el Gobierno hizo en ese momento es necesario tener una idea premoderna del poder, una idea profundamente errada de lo que España significa como forma política, del sentido de la Transición y del valor de las estructuras políticas entonces creadas: la enorme cantidad de errores intelectuales y morales que convergieron en esa actuación muestra la verdadera naturaleza del socialismo de Rodríguez Zapatero.

Frente a él, como siempre, los valores, los principios y las políticas del PP. Los mismos que ya han mostrado su veracidad, su rendimiento y su utilidad; los que han sido sostenidos pacientemente a lo largo de una legislatura difícil que, sin embargo, ni los ha erosionado ni les ha hecho perder atractivo electoral. El Gobierno se ha cansado de repetir al PP que debía aceptar la derrota de 2004. En realidad, quien no supo entender el sentido de los resultados de 2004 fue el propio Gobierno, que olvidó que era de-

positario de un poder limitado materialmente y sólo por cuatro años, que volvería a estar obligado a pedir el voto a los españoles en un plazo muy breve y que éstos le estaban observando.

El presente número de *Cuadernos de Pensamiento Político* publica los siguientes trabajos: “Europa y el Islam”, de Bernard Lewis; “La reforma fallida y el Estado residual del socialismo”, de Javier Zarzalejos; “La España que no cuenta”, de Rafael L. Bardají; “La economía española de los próximos años”, de Cristóbal Montoro; “La conciencia moral como órgano de conocimiento e instrumento de consenso”, de Inma Castilla de Cortázar Larrea; “Lo que nos cuesta a los españoles el aumento de la presión fiscal”, de Ismael Sanz; “Sociedad abierta y nacionalismos”, de Valentí Puig; “Nacionalismo y multiculturalismo: ¿una traición a la verdadera izquierda?”, de Ángel Rivero; “Lo que España significa”, de Miguel Ángel Quintanilla Navarro; “Contra la educación en valores”, de Javier Orrico; “El Che Guevara y las cosas que hacen los ‘progres’”, de Carlos Alberto Montaner; “Memoria histórica: las víctimas del comunismo”, de Manuel Pastor; “El velo islámico: la agenda oculta”, de Rosa María Rodríguez Magda; “Mayo del 68: el crepúsculo de una ilusión”, de Gabriel Albiac; “La paradoja cultural del liberalismo”, de Guillermo Graíño Ferrer y “Explicar la política”, de Stanley Payne.

Además, incluye las siguientes reseñas: *Jesús de Nazareth*, de Joseph Ratzinger, por Luis Sánchez Navarro; *Los años Blair (The Blair years. Extracts from the Alastair Campbell diaries)*, por David Sarias; *El orden de los poderes*, de Bartolomé Clavero, por Mario Ramos Vera; *Terror y libertad*, de Paul Berman, por Jorge Martín Frías; *Tocqueville. La libertad política en el estado social*, de David Carrión, por Jesús Neira, y *Una revolución silenciosa: la política sexual del feminismo socialista*, de Jesús Trillo-Figueroa, por Miguel Gil.